

SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN textos y documentos

Número 243

Valencia, 2 de Octubre de 1937

María Carbonell, 2

HOY,
como ayer,
podríamos re-
petir que nuestro pro-
grama es ganar la
guerra y, aún añadi-
ré, prepararnos para
ganar la paz

(Palabras del Presidente del
Consejo, don Juan Negrín.)

Discursos pronunciados por los Excelen- tísimos Sres. Presidentes del Congreso de los Diputados y del Gobierno de la Repú- blica en la sesión de Cortes de ayer

El Sr. Presidente del Consejo de Ministros:

(Al levantarse, es saludado con grandes aplausos por los señores diputados que se ponen en pie).

Señores Diputados: En cumplimiento de un precepto constitucional, comparecemos hoy ante las Cortes. Nuestra presentación hubiera sido inmediata a la formación del Gobierno, de no haberlo impedido causas de fuerza mayor, que quebrantó nuestro propósito. Ya se habían cursado citaciones convocando, por la oficina del Congreso, a algunos señores Diputados, cuando, como consecuencia del bombardeo aéreo sufrido por Valencia la noche del 23 de mayo, se hizo preciso buscar y acondicionar un local donde pudiéramos celebrar nuestras reuniones. La gentileza del Municipio valenciano, confirmada una vez más en esta ocasión, nos ha permitido congregarnos en la histórica Lonja donde nuestra imaginación evoca las figuras del Palleter, Vicente Domenech y del dominico Juan Rico, quienes, frente a este edificio y en circunstancias que recuerdan las presentes, simbolizaron la voluntad de un pueblo decidido a vender cara su independencia. Coincidió la habilitación de este recinto, con sucesos de orden militar o de política internacional, que decidieron al Gobierno a asumir la responsabilidad de aplazar hasta hoy, primero de octubre, el acudir ante el Parlamento en demanda de su confianza en el Frente de Aragón, y de la reunión del Consejo y Asamblea de la Sociedad de Naciones. Hechos que absorbían la plena atención del Gobierno y exigían el desplazamiento de sus miembros hacia la zona de operaciones, en un caso, hacia el extranjero, en otro.

Señores Diputados, hace algo más de cuatro meses que se perturbó la armonía de la constelación política que sostenía el Gabinete anterior; los más hábiles, persistentes y autorizados esfuerzos no lograron agrupar bajo la presidencia de mi predecesor, el señor Largo Caballero, las fuerzas dislocadas que lo habían integrado. Fui llamado entonces a formar Gobierno; agradezco y agradezco al Jefe del Estado la distinción, pero intenté recusarme con reservas y consideraciones que sería impropio e inoportuno reproducir aquí. Permittedme, como inciso, que os diga, señores

Diputados, que nunca figuró entre mis sueños ni ambiciones, el ocupar cargos destacados en la política. Soy sincero al confesar que la carencia de ambición no estaba exenta de un cierto desdén por toda gestión de mando, que en la vida política normal no suele tener de ello más que el nombre; pero no aceptada mi recusación consideré el encargo del señor Presidente de la República como un servicio de guerra y me apresté a cumplirle como tal.

Mi concepción del Gobierno que había de someter a la aprobación de S. E. quedó perfilada con los siguientes rasgos: primero, representación unipersonal y a ser posible de todos los partidos o entidades que formaban parte del Gabinete anterior; segundo, sustitución por los partidos u organizaciones más afines de aquellos que no quisieran o no aceptarían integrar el nuevo Gabinete; tercero, concentración en el menor número posible de Departamentos rectores de la vida económica del país; cuarto, fusión de guerra, marina y aviación en un solo Ministerio de Defensa Nacional; quinto, recabar de los partidos la autorización para escoger entre sus miembros a quien hubiera de desempeñar la cartera que se le destinara; sexto, reservar para el Gobierno el derecho de designar los altos cargos, libre de toda exigencia de partido, sin que se negara en este caso como en el anterior a oír y atender, siempre que coincidieran con los intereses del Gobierno las aspiraciones de los distintos sectores.

El por qué de esta concepción mía de lo que había de ser un Gobierno, voy a explicarlo, o intentar explicarlo brevemente. La experiencia del Gobierno anteriores, me evidenciaba que, al menos en período de guerra, el exceso de colaboradores, sin aportar una mayor lucidez a las decisiones, las retardaba y las merma eficacia. Las funciones inevitables y la también inevitable invasión de competencias se multiplican, como es natural, a medida que se parcelan más en distintos Departamentos, las tareas gubernamentales, restándoles así la celeridad y eficiencia, siempre necesarias, pero más indispensables en período de guerra. Una unidad política difícil de lograr en un Gobierno de coalición, no gana nada con el principio de representación

proportional por otra parte difícil de discernir y que ofrece, si se acepta como fundamento, el primer escollo propicio a discrepancias de enojoso arreglo. En Gobiernos de coalición para lograr una línea política, basta y sobre con un representante de cada tendencia, que sea portavoz dentro del Gobierno, y el engarce de éste con los partidos respectivos.

Estas consideraciones me llevaron a aceptar como base la representación unipersonal de los partidos, descontando como es lógico, el propio Jefe del Gobierno. Aunque no la esperaba, tenía que contar, sin embargo, con la posible negativa de algún sector a ingresar en el Gobierno y adopté por anticipado, la norma, que comuniqué a los partidos políticos a medida que los consultaba, de transferir la representación ausente a aquel grupo u organización que estimara más afín, evitando así una desproporción entre las representaciones de los partidos de tipo preponderantemente proletario y de los restantes, cosa que se hubiera podido prestar a dar al nuevo Gobierno, un matiz que ni existía en mis propósitos, ni convenía a los intereses del país ni a la causa común que defendemos.

Una política dirigida con criterio uniforme y una unidad de la guerra, hacían indispensable la concentración de los servicios económicos y la fusión de los servicios de guerra. De ahí que aspirara a reducir, concentrándolos, los Departamentos de los cuales dependía la vida económica del país, y a fundir en uno sólo los dos Ministerios que existían en el Gabinete anterior, dedicado el uno a guerra y el otro a Marina y Aviación.

En fin, señores diputados, la autoridad del Gobierno, que es siempre necesaria —más indispensable aún en tiempo de guerra—, sólo es absoluta cuando a quien dirige la política se le confiere plena confianza para acoplar los servicios y escoger las personas que han de ser sus colaboradores.

Con este criterio, procedí a la formación del Gobierno. Reconozco desde aquí, una vez más, las facilidades y la comprensión de mis propósitos por parte de los distintos partidos políticos. Por ellos hubiera quedado formado el Gobierno en media mañana. No fué pareja mi suerte con las organizaciones sindicales. Encontré en ellas tenaz resistencia a compartir las responsa-

bilidades del Gobierno, quizá por compromisos políticos anteriores, quizá por sentirse ligados a manifestaciones hechas públicas en el transcurso de la crisis. Lo cierto es que la negativa fué rotunda. Mi apelación a lo que estimaba deber del momento y a su sentido patriótico, pudo lograr de las dos sindicales que sus organismos directivos, sometieran a nueva deliberación y examen mi ofrecimiento, pero no obtuve el que se alterara el primitivo acuerdo. Mi esperanza de incorporar a una labor constructiva dentro del Gobierno a las organizaciones sindicales, se desvaneció ante una ratificación telefónica de su negativa por parte de la C. N. T. y una nota en igual sentido de la U. G. T.

Así se llegó a constituir el Gobierno que hoy se sienta en el banco azul.

La declaración ministerial con que el Gobierno se presentó ante el país, afirmaba el decidido propósito de conservar inflexiblemente el orden en la retaguardia, por considerarlo factor esencial de la victoria, y asegurar la libertad del pueblo a batir a rebelión y mantener a independencia de España. En pocas palabras: el propósito era ganar la guerra.

Hoy, como ayer, podríamos repetir que nuestro programa es ganar la guerra y, aún añadiré, prepararnos para ganar la paz. ¡Menguado sería el Gobierno que, dominado por la obsesión de la lucha, no fuera preparando el mañana de la paz! Las guerras se pierden muchas veces —con harta frecuencia— después de la victoria. Se pierden al calor del tiempo. Y es eso lo que el Gobierno tiene la obligación de prever e impedir. Porque nosotros, en esta lucha que nos ha sido impuesta, anhelamos la paz y luchamos por la paz, por la única paz posible; la paz después del restablecimiento de la autoridad y el Derecho, la paz que garantice el régimen de la democracia republicana, la paz que asegure la espontánea decisión de nuestro pueblo, sobre sus destinos políticos. La paz que reafirme la libertad e independencia de nuestra Patria. (GRANDES APLAUSOS.)

Y no hay nada nuevo en esto; hay una perfecta continuidad en todos los Gobiernos que se han sucedido frente a los destinos de la República, desde el mes de junio de 1936, lo mismo el Gobierno republicano que en aquellos tristes mo-

mentos se encontraba al frente del Poder, que los distintos Gobiernos de coalición que le han seguido.

Yo recuerdo aquí unas palabras pronunciadas ante el Parlamento por mi predecesor, en que haciendo suyas otras del Presidente de la República, en términos diferentes, pero con un contenido análogo, decía lo que en estos instantes acabo yo de manifestar: que nosotros anhelábamos un triunfo, que buscábamos la paz que diera a España las instituciones políticas, económicas y sociales que la mayoría del país, libremente eligiera en su día.

Una paz así, señores diputados, no es posible ni con abrazos ni con componendas ni con mediaciones. (MUY BIEN.) Nosotros no admitimos más que una sola mediación, una sola intervención, y esa, no sólo la admitimos, la exigimos, la venimos exigiendo: la obligada de aquellos países que, con nosotros, han firmado un solemne pacto que nos da derecho a reclamarles su apoyo contra quienes han invadido, en afán de conquista, nuestro solar nacional. Que medien e intervengan ahí, que impidan y corten esa agresión, que nosotros, España, su Gobierno, liquidará en corto plazo, ese problema interno. Porque, hay que repetirlo —no basta por muchas veces que se repita—, lo que surgió en julio, con la apariencia externa de una sublevación militar, se desenmascaró al poco tiempo como una franca guerra de conquista. Una combinación maquiavélica de los países totalitarios, imbuídos, como siempre, de una ambición sin freno, faltos de principios jurídicos y carentes de ética en su actuación internacional, los llevó a urdir la trama de la tragedia española. Perseguían, al afincarse en nuestro país, posiciones ventajosas que les permitieran, como máxima garantía de éxito, imponer su hegemonía en Europa primero, al mundo después. Astutamente supieron tender sus redes. Labor de años, señores diputados, con tanta cautela, que ni los españoles nos dimos cuenta de que éramos juguetes de su maquinación diabólica, y los demás países se dejaron despatarrar por sus espeluznantes fantasmagorías en que nos representaban como el Anticristo amenazador de los cimientos de la civilización occidental.

De no haber surgido ayudas extrañas, la República hubiera ahogado en germen, la rebelión preparada (Continúa en la página siguiente)

rada arteramente por los rectores de ciertas clases privilegiadas, por dirigentes de instituciones fundamentales del Estado, en los que el nuevo régimen, cándido e ingenuo, creyendo en promesas de honor, de adhesión y de lealtad, depositó su confianza, y por metecos, que abusando de nuestra hospitalidad, incubaban en la sombra, dirigidos desde su país de origen, nuestra ruina y la estrangulación de nuestra independencia. (MUY BIEN.)

Cuando no bastó la ayuda con material y con técnicos para avasallar el heroísmo de nuestro pueblo, se han enviado legiones, formaciones enteras de ejército regular; divisiones que, como sucediera en Guadalajara, terminarán, se estrecharán ante la intrepidez de nuestros combatientes.

Triunfar en esta guerra, señores diputados, no es problema de salvar un régimen o una institución, ya en estos momentos; es problema de que sobreviva o no España; pero, si en la lucha por el triunfo no hay que olvidar el día de la paz, tampoco olvidemos que la guerra no se gana sólo en los campos de batalla. Sería una visión roma, enjuta, mezquina y, por ende, peligrosa al desatender el juego en los demás terrenos donde se ventila el éxito; juego que requiere labor coordinada, sistemática, de Gobierno en la política interior, en la política económica y en la política exterior.

Me vala a permitir, señores diputados, que con la máxima brevedad os señale lo que ha servido de orientaciones, de directrices al Gobierno en su política lo mismo de retaguardia que en la combativa en los frentes, que en la combativa en el exterior. La política de orden, de seguridad interior y de garantía de los derechos de ciudadano encomendada fundamentalmente a los Departamentos de Gobernación y de Justicia, ha perseguido la restauración completa de la legalidad y de la normalidad, el restablecimiento del orden y la disciplina social donde se hubiera alterado. El levantamiento de julio produjo, como era natural, la subversión del orden por el desquiciamiento de los instrumentos coactivos del Poder. Nada extraño es que en esas circunstancias hubiera abusos, excesos y atropellos. El Estado ha tratado de corregirlos, los ha corregido en mucho menos tiempo del que nadie esperaba y del que nadie hubiera creído.

Se ha intentado, se ha logrado rescatar por el Poder público la autoridad en el ejercicio del orden, pues el Poder público no admite que nadie tome la justicia por su mano. Se han suprimido todos aquellos organismos surgidos al margen de la legalidad o de la Constitución y de las leyes fundamentales, que habían absorbido funciones propias del Estado. Se han restablecido las garantías de la seguridad personal e individual y hoy día la cédula política de los ciudadanos sometidos a la legalidad ocasiona diferencias, antipatías o privilegios.

Se ha intentado, se ha logrado restablecer la independencia de la Administración de Justicia. Se han hecho innovaciones en la Administración de Justicia que tienen un aire ciertamente positivamente revolucionario; la Sala de Equidad para resolver aquellos casos en que ateniéndose al Derecho positivo se cometían evidentes, palmarias injusticias, que puede restablecer dicha Sala de Equidad; el Tribunal de Subsistencias, que ha permitido, permitirá que los abusos de los acaparadores y de los que se aprovechan de la triste situación que en el orden económico crea la guerra, sean rápida y eficazmente corregidas. Pero este restablecimiento de la normalidad en lo que se refiere a la justicia y en lo que se refiere a la garantía de los derechos individuales, al desaparecer un innegable terror de tipo anárquico que en el país existía, ha permitido que asome un peligro que no quiero dejar de señalar aquí, porque es preciso que al mismo tiempo indi-

que que el Estado está dispuesto a cortar fundamentalmente de raíz y por los procedimientos necesarios.

Esto ha servido para que muchos enemigos del régimen republicano intenten, prevaleciendo de la nueva situación creada, volver a asomar la cabeza y crear dificultades al Estado. Para evitarlo en parte, se ha creado un Tribunal de Alta Traición, espionaje y derrotismo, con procedimiento rápido, que intentará y logrará seguramente extirpar este peligro.

Yo no quiero, en este instante, dejar de mencionar un grave problema que, respecto al orden público, tiene planteado el Gobierno, y que no deja de estar relacionado también con la política exterior; me refiero al problema de los refugiados.

Yo sé que no necesito recomendar a los señores diputados la máxima serenidad ni que contengan su irritación; pero como no son sólo ellos los que me oyen, sino que me escuchan también muchos de nuestros compatriotas que se hallan fuera de este recinto, yo quiero rogarles, y exigirles igualmente, la serenidad y la cautela contra los provocadores que quieren o intenten crear graves conflictos al Gobierno.

El problema que existe, de los refugiados, lo resolverá el Gobierno, y sólo él puede hacerlo, no permitiendo que nadie, por su mano, intente ponerle remedio.

De todos es conocido que, valiéndose de un llamado derecho de asilo —derecho que, por otra parte, no llega a España, puesto que no es ningún principio general de Derecho internacional, ni tampoco ha sido reconocido en ningún convenio que nosotros hayamos firmado—, han entrado en Legaciones y Embajadas de Madrid, al comienzo, algunas docenas de atemorizados ciudadanos, y otros, quizá más que atemorizados, con hondas preocupaciones de conciencia; y que luego, al poco tiempo, han servido estas instituciones o estas representaciones para acoger a centenares, a miles, a un verdadero ejército de enemigos del régimen.

Como los locales o edificios de las Embajadas no bastaban para dar acogida a tanto refugiado, han habilitado, otorgándose a sí mismos el derecho de extraterritorialidad, pisos, casas y hasta manzanas enteras de edificios.

Pues bien; es preciso que el Gobierno, desde aquí, diga que ni en Madrid ni en parte alguna existe ni ha existido un régimen de concesiones y que el Gobierno no está dispuesto a reconocer un régimen especial de capitulaciones para cualquier ciudad española.

Yo no quiero —porque el terreno es muy delicado y escabroso— hacer una mención detallada de todos los abusos que al margen o al lado del llamado derecho de asilo se han cometido. Ya el máximo abuso, de por sí, lo pone de manifiesto la cifra total de los refugiados que ha llegado a alcanzar en Madrid veinte mil personas. Un verdadero ejército dentro de nuestra retaguardia.

Deseosos los Gobiernos de complacer y de sacar de sus propios apuros a los distintos países con los cuales estamos en amistosas relaciones y han acogido refugiados en sus representaciones diplomáticas, se entró en conversaciones ya anteriormente para facilitar la evacuación de aquellas personas que, como mujeres y niños —caso de que no existiera contra aquéllos imputación alguna—, podían, sin riesgo alguno, abandonar el territorio. Y se llegó en algún caso hasta permitir que saliera la totalidad de los refugiados en alguna Embajada o Legación.

Pero seguramente, ciertamente, por imposibilidad material de hacer cumplir el compromiso, el hecho es que los términos de los pactos no se han cumplido y que muchos refugiados que debían haber permanecido en el extranjero y no pasar a la zona facciosa, se encuentran hace mucho tiempo en ésta prestando relevantes servicios.

Esto ha hecho al Gobierno volver a considerar el problema y restringir las concesiones que graciosamente habían sido otorgadas. Todo ello viene dificultando la rápida evacuación de los refugiados en Madrid.

En estas circunstancias, los representantes de España en la Delegación que fué a Ginebra, a la Sociedad de Naciones, tuvimos ocasión de entablar «pourparlers» con algunos de los delegados de países que tienen un mayor número de refugiados en Madrid.

Desde el primer momento, el Gobierno dió a entender que en modo alguno permitía que se ligara el problema que circunstancialmente había surgido, de la posible reelección de España en el Consejo de la Sociedad de Naciones, con el problema de los refugiados. Sin embargo, en mi discurso pronunciado ante la Asamblea, yo no tuve inconveniente en decir, de una manera espontánea, lo siguiente:

«Al lado de las quejas que formula en relación al trato internacional que ha recibido, el Gobierno de la República desea expresar aquí su profunda y sincera gratitud a todos los Gobiernos y particulares que en una u otra forma han contribuido a disminuir los sufrimientos a que ha sido sometido el pueblo español por la agresión extranjera. En el deseo de contribuir por su parte a la humanización de la guerra, el Gobierno de la República, que no estaba obligado por convención alguna internacional a tener en cuenta el derecho de asilo, lo ha respetado en la práctica, y, particularmente sensible a los lazos de solidaridad que le unen a las Repúblicas americanas, reitera aquí, a más de las facilidades ya dadas, su intención de liquidar rápidamente y de una manera satisfactoria para todos el problema de los asilados de las Embajadas.»

Debió de interpretarse esta manifestación espontánea como un deseo de compensar las condiciones en que se otorgara esta concesión con la posible cesión del voto para reelegir a España en el Consejo de la Sociedad de Naciones y se entró en discusión por parte de un representante nuestro con un representante jurídico de la delegación del país que había asumido la representación de la mayor parte de los países sudamericanos; y en virtud de ello, se pretendió que por nosotros se dirigiera al Presidente de esta Delegación la carta de que voy a dar lectura. Me considero con absoluta libertad de leer estos documentos ante los señores diputados, primero, porque ante la Cámara yo no tendría derecho a rehúsar en ponerlos en su conocimiento, si me lo pidieran, y, segundo, porque, quebrando lo que es práctica normal en esta clase de relaciones, el jefe de la Delegación dió a conocer a la Prensa de Ginebra dos cartas, una mía, y la última suya. La carta que se pretendía que nosotros dirigiéramos al Jefe de esa Delegación, era la siguiente:

«Señor Presidente: Me es muy grato acusar recibo de la comunicación de V. E. de fecha de hoy, en la cual V. E. ha tenido a bien puntualizar la declaración que se sirviera hacer desde la tribuna de la Asamblea en su Sesión de ayer con respecto a la nueva política que el Gobierno español se propone seguir para dar solución satisfactoria al problema de evacuación de los asilados que se encuentran actualmente en los locales de las misiones diplomáticas de Bolivia, Chile, Cuba y Perú, en Madrid.

De conformidad con los términos de la nota de V. E. que contesto, el Gobierno de V. E. conviene en los siguientes puntos:

Primero. — El Gobierno español consiente en que sea evacuada la totalidad de las personas que han encontrado un asilo en dichas misiones diplomáticas, sin distinción de edad, sexo, profesión o condición.

Segundo. — Esta evacuación se llevará a cabo en el plazo máximo

de dos meses, a contar de la fecha de la presente comunicación.

Tercero. — A fin de facilitar la operación de evacuación, el Gobierno español se compromete a dar las máximas facilidades con el objeto que ella no sufra interrupciones. A este efecto, el Gobierno español procederá a la aprobación inmediata de las listas que dichas misiones diplomáticas han hecho llegar ya al Ministerio de Estado, y hará dar, desde luego, la orden de salida de Madrid y de Valencia, por intermedio de las autoridades competentes. El Gobierno español tomará las medidas que sean necesarias para facilitar el transporte por tierra de Madrid a Valencia, y el embarque posterior de dichos asilados, facilitando todos los trámites administrativos que exigen las leyes actualmente en vigencia.

Cuarto. — El Gobierno español devolverá a la Legación del Perú todas las personas que habían encontrado un asilo en los locales de esa misión, y que fueron obligadas a evacuar por reciente disposición administrativa. Quedarán exceptuadas aquellas personas contra las cuales exista un proceso por delitos de derecho común debidamente instaurado ante los Tribunales legítimos de la República española con anterioridad a la fecha en que esa evacuación se llevó a cabo. Los asilados de la Legación del Perú a quienes se acuse de delitos de derecho común perpetrados con posterioridad a dicha fecha, serán procesados con el previo consentimiento del representante diplomático peruano (RUMORES), al cual se darán todas las facilidades que acuerden las leyes españolas en similares casos, a fin de asegurar la defensa de esas personas ante los aludidos Tribunales.

5.º El Gobierno español consiente, como medida previsoría y tendiente a facilitar las condiciones de vida y seguridad del personal de las Misiones Diplomáticas antes indicadas y de sus asilados, el traslado de dicho personal y de sus asilados a Valencia, a los locales que tales Misiones escojan de común acuerdo con las autoridades españolas, los cuales lugares quedarán, junto con los asilados que alberguen, bajo la protección de los pabellones de esas Misiones y gozarán de todas las garantías que el uso y las prácticas diplomáticas acuerdan a las Sedes de las Misiones Diplomáticas.

6.º Los Gobiernos de Bolivia, de Chile, de Cuba y del Perú se comprometen a tomar las medidas que están a su alcance para evitar que los asilados, una vez evacuados del territorio español, vayan a engrosar las filas de los rebeldes o se dediquen a hacer propaganda contraria al Gobierno legítimo de España.

Desgraciadamente los Gobiernos que han obtenido estas facilidades y han firmado cláusulas análogas, se han visto en la imposibilidad de hacerlas cumplir.

7.º El presente acuerdo reemplazará y anulará los acuerdos concluidos anteriormente por los Gobiernos de Bolivia, de Chile, de Cuba y del Perú con el Gobierno español, respecto a los asilados, y será, además, inscrito en la Sociedad de las Naciones, de conformidad con las disposiciones del artículo 18 del Pacto, por solicitud conjunta que formularán al Secretario general de la Sociedad los Gobiernos de España, Bolivia, Chile, Cuba y El Perú.

8.º Los Gobiernos de España, Bolivia, Chile, Cuba y Perú deciden dar a la publicidad estos acuerdos en una fecha que se determinará de común acuerdo entre ellos y con el Secretario general de la Sociedad de las Naciones, etc.»

La respuesta nuestra fué la siguiente:

«Mi querido señor Embajador y amigo: Acabo de tener conocimiento del curso de las negociaciones llevadas a cabo por su representante señor Gajardo y el Asesor jurídico de nuestra Delegación, señor Quero.

Como consecuencia de ellas tengo el gusto de poner en conocimiento de usted lo siguiente:

1.º Que ratifico mi declaración espontánea hecha el sábado 18 ante la Asamblea de la Sociedad de Naciones, y, en consecuencia, el Gobierno que presido dará para la evacuación de los refugiados cuantas facilidades sean compatibles con los intereses del Estado y nuestra propia legislación, interpretando ambos extremos de modo más laxo y generoso en atención a los deseos de las representaciones diplomáticas interesadas.

2.º Que esta concesión obedece simplemente al deseo de dar facilidades a dichas representaciones para ayudarlas a resolver el delicado problema de los asilados en atención a los lazos fraternales que con ellas nos unen.

3.º Que no ha sido propósito del Gobierno español en ningún momento el ligar o condicionar sus concesiones en esta materia a que se otorgue o no el voto a España para su reelección en el Consejo de la Sociedad de Naciones, por ser aquella un problema de Gobierno y considerar lo segundo como una cuestión de categoría nacional.

Interesado en grado sumo en que sobre este particular no pudiese subsistir equívoco alguno, me permito, a pesar de lo intempestivo de la hora (las dos de la madrugada del día en que se hacía la votación) hacer llegar a sus manos mi carta esta misma noche, etc.»

Debía yo esta explicación al Parlamento sobre el asunto referente a los asilados; pero debo a mismo tiempo participarle cuál es una parte de los propósitos del Gobierno para la evacuación de aquéllos. En primer lugar yo hago en este instante la declaración formal de que el Gobierno se compromete a garantizar la seguridad personal de todos aquellos refugiados que no estén en ningún conflicto con las leyes. En segundo término, el Gobierno se compromete a considerar como procedentes de una extradición (lo cual, según normas actuales de derecho, impide la aplicación de la última pena) a aquellos que, en conflicto con nuestros tribunales y con nuestra legislación, espontáneamente se presenten ante los Tribunales. Las restantes medidas, de tipo gubernativo unas, de revisión de concesiones graciosas otras, son y serán motivo de conversaciones, sobre las cuales no es posible anticipar nada a la Cámara.

Uno de los puntos más importantes de la política interior y de fundamental interés para la guerra, es el referente a la política económica.

La «preocupación» del que hoy es Ministro de Hacienda cuando por primera vez hace algo más de un año llegó a esta cartera fue evitar que pudiera nunca perderse la guerra por el malestar económico o por circunstancias de orden económico o financiero, y a pesar de las dificultades considerables con que se ha tropezado a pesar de que la situación financiera y económica del país en julio de 1936 no era muy brillante habremos de reconocer que hasta el presente hemos podido pasar el mal trance, y yo puedo asegurar a los señores Diputados que por fallo de la economía, si la economía sigue rigidamente dirigida y administrada, la guerra no se podrá perder.

Voy a prescindir de enumerar a los señores Diputados la serie de medidas, que desde los Ministerios de Hacienda, Economía y Agricultura se han tomado o se proyecta tomar en defensa de nuestra economía, conductores todas ellas a establecer un control rígido y severo por parte del Estado, a suprimir y cortar la iniciativa o la actuación individual y dejando la modificación profunda de la estructura económica que pudiera producirse en su día, a la libre decisión del país cuando es-

... pueda manifestarse. Evidentemente, los cambios profundos que en España ha engendrado el movimiento rebelde han de conducir, han de llevar a una mejora de la situación social, a un mejor reparto y distribución de la riqueza, a una patria y a un mejor aprovechamiento de ella por todos los españoles, principalmente por aquellos que estaban en condiciones inferiores.

Preocupación del Gobierno ha sido también el hacer llegar la cultura a todas las capas del pueblo, que no pudiera darse el caso de que por carencia de medios económicos no tuvieran acceso a los Centros más elevados de cultura personas dotadas de capacidad, y esto no solo por principios de justicia y de equidad social, sino por principios de alto interés nacional. Al país le conviene utilizar y aprovechar sus mejores inteligencias donde existan y donde se conozcan.

Poco he de decir también por lo que respecta al Ministerio de Defensa Nacional. Se ha continuado la reorganización del Ejército hasta lograr tener un Ejército eficiente y capaz. Se ha encauzado la actuación de las Comisarias políticas, que persiguen el hacer llegar hasta el soldado de primera fila el aliento que en una dura lucha política como la que tenemos, es preciso que reciba a cada instante.

Hemos tenido bastantes infortunios, producidos, provocados por una evidente y notoria inferioridad, en muchos casos, ante nuestros enemigos, la pérdida de Bilbao, la lamentable pérdida de Santander, que no ha podido resistir la ofensiva de las divisiones italianas, y ahora la lucha verdaderamente heroica de Asturias resistencia para la que no encontramos términos ni palabras bastantes de ponderación y respecto a la cual estoy seguro que, en este instante, todos los señores Diputados que me escuchan, dedican, con su admiración, el más devoto recuerdo a aquel pueblo.

Pero el Ministerio de Defensa no se ha limitado exclusivamente a proceder a la reorganización y constitución de un Ejército, sino que ha actuado también en forma activa, y así hemos tenido las ofensivas de Segovia, primero, Madrid después, y, finalmente, la del frente de Aragón; las tres con más o menos éxito o fortuna, pero todas con eficacia; la de Madrid logró el objetivo principal que perseguía, porque el propósito de la operación de Madrid era impedir que Santander cayera, y, efectivamente, Santander, gracias a la ofensiva de Madrid, no cayó entonces en manos de nuestros enemigos.

El Ejército nuestro, el Ejército español, no ha llegado al máximo desarrollo de su potencialidad. La organización de un Ejército no es tarea fácil; sobre todo, no se pueden improvisar con rapidez los cuadros de mando. Y, dadas las enormes dificultades con que hemos tropezado gracias a la No intervención, tampoco es fácil, en las condiciones que una guerra de hoy exige, pertrechar un Ejército tan numeroso como el nuestro. Sin embargo, nosotros estamos seguros y confiados en que, a la par que la tónica del Ejército se sostendrá, su organización y su eficiencia irán mejorando con el tiempo, y que rápidamente, con relativa rapidez, —porque, señores Diputados, la guerra ha de ser muy larga; es preciso que el país lo sepa: la guerra ha de ser muy larga— dentro de meses nosotros podremos conar con un Ejército de una potencialidad y de un vigor tales que nos permitan pasar del sistema de resistencia defensiva al sistema de ataque.

Finalmente, voy a decir dos palabras sobre política exterior. En política exterior salvo aquellos países que nos han negado su reconocimiento y que han reconocido al enemigo, con todos cultivamos buenas relaciones; pero hay dos países a los cuales nos liga

una singular amistad: un país hispano americano, Méjico, y otro país, la Unión Soviética, a los cuales la España republicana —es decir, España— nunca pagará su deuda de gratitud, porque —y esto es preciso hacerlo presente aquí— los servicios que la Unión Soviética ha prestado a España han sido siempre servicios sin contrapartida, consejos sin exigencias, siempre de la manera más noble y de la manera más desinteresada. Más para comprender la política internacional, señores Diputados, no basta simplemente enumerar cuales son los países simpatizantes, cuales son los países amigos y cuales son los países adversos.

La política exterior es necesario abordarla de una de estas dos maneras: o tratando de comprender para ser atendidos o haciéndose comprender para vencer. Nosotros tenemos que ponernos en el primer plan, en el plan de comprender para ser atendidos o, por lo menos, ser oídos. La República española no ha gozado de la simpatía de la mayor parte de los países que la vieron nacer.

Un día de abril, las Cancillerías europeas, «que dormían buena mañana», se despertaron con la sorpresa de que en España se había instaurado un nuevo régimen; sorpresa enojosa que produjo una mezcla de encanto, desencanto y curiosidad. Los intentos de subversión que periódicos aparecieron en España fueron acogidos por muchos países con una mayor simpatía, y a partir del año 33, sobre todo desde el 34, hubo dos países, Italia y Alemania, que ya empezaron a intervenir de una manera directa, franca, manifiesta, en la política española. Los intereses de estos países son contrapuestos a los intereses internacionales de un grupo de países europeos, pero para comprender la actitud de estos países es preciso que recordemos la cadena de episodios en que su proceder ha sido bastante análogo y similar al observado en el caso de España. No hago más que mentar el Rhur, el Rhin, el Sarre; recuerdo a Corfú, Abisinia y el caso de Manchukuo en China.

¿Es que estos países no saben que para ellos y para sus intereses representaría grave riesgo y gran peligro el afincamiento de alemanes o italianos en España? Claro que sí lo saben. ¿Es que se puede salvar, o se debe de salvar la paz del mundo a toda costa, aunque sea sacrificando la propia dignidad? Los países europeos, o muchos países europeos, esperan que un refuerzo preventivo de los armamentos podrá evitar en lo futuro una guerra. ¡Grave error! a mi juicio, señores Diputados! La evitarán seguramente, tienen razón; pero tienen razón porque nosotros nos defenderemos y triunfaremos. Si nosotros fuéramos arrollados y atropellados, un nuevo frente occidental, con dos o tres millones de soldados, de ilotas si se quiere, pero que tendrían que sentir el rencor de quien sabe que debe su esclavitud al abandono injustificado de los otros, sería un grave riesgo para los países occidentales. (MUY BIEN.—APLAUSOS.)

Un país, como España, que tiene unas posibilidades económicas infinitas, casi, diría yo, porque es el único país de Europa que resistiría un régimen de autarquía económica el único país que podría bastarse a sí mismo, el único país en donde la necesidad de desarrollar una industria no crea un grave conflicto o una grave situación de tipo económico y donde se dan prácticamente casi todas las materias primas necesarias para el desarrollo de una industria que puede cubrir sus necesidades nacionales, este país, con esa riqueza, con esa potencialidad de gente armada, con unas bases navales y aéreas situadas estratégicamente de una manera envidiable, sería un grave peligro para la Europa occidental si no fuéramos nosotros los que

vamos a salvar a esta Europa occidental.

Yo tengo la seguridad, señores Diputados, de que vamos a salvar al Mundo. Aunque en mejores términos, es natural, pues soy hombre de pocas palabras, ya lo ha dicho mi predecesor, y en una ocasión solemne lo ha dicho el señor Presidente de la República: nosotros vamos a salvar al Mundo, porque, señores Diputados, no hay que entregarse y dejarse arrastrar de la realidad por un optimismo empedernido, pero tampoco, señores Diputados, hay que dejarse abatir por el pesimismo. Ni el pesimismo ni el optimismo son estados emotivos que deban de jugar en la vida del político; pero sí hay que tener fe. Ni hay Arte, ni hay Ciencia, ni hay Historia ni hay política si no hay fe; ni Colón hubiera encontrado América si no hubiera tenido fe. La fe crea y anima.

La incapacidad de crear desencanta, desalienta y desanima. Por eso es obligación moral del político, del hombre de Estado, tener fe. Yo bien sé que la fe y el amor no se crean e improvisan, pero la fe y el amor se cultivan y la fe en nuestro triunfo y la fe en nuestro país, es la que hay que infiltrar en todos los españoles, en los que combaten y en los que trabajan en la retaguardia. (Aplausos.)

Yo, señores Diputados, tengo fe en el triunfo porque tengo fe en España, tengo fe en mi raza, no en esa raza que se busca escudriñando los árboles genealógicos, en esa raza que se quiere caracterizar por rasgos fisonómicos o índices antropométricos. Eso no es raza; la raza es un concepto psicológico, es un concepto que surge de la convivencia de los pueblos animados por un mismo fervor y por un mismo ideal y de los que el alma nacional es un exponente aunque tengan distinto color y distinto pelo. Somos los españoles, con tanta habla, tanta modalidad y tantos pareceres, un pueblo de tal abolengo que no se puede dejar desviar por esas petulancias pseudo científicas que ni siquiera son de última hora. No; ni las excentricidades ni las pedanterías, ni siquiera la de estos sabios alquilonos que buscan siempre justificación a cualquier esquema idealógico que se les presenta y se da como buena, pueden bastar para que en el pueblo español y en la raza española traten de arraigar ese espíritu demoleador, descoyuntador de un país y de una nacionalidad que quiere definir las razas por medidas, por tamaños y por el predominio de grupos. Como yo tengo fe en mi pueblo y en los destinos de la raza, como estoy convencido de que este bautismo de sangre nos ha de despertar y redimir del letargo en que hemos vivido en estos dos siglos, por eso tengo fe en el triunfo y quiero que esta fe y esta confianza la infiltreis, en particular a aquellos que saben hacerlo porque la naturaleza los ha dotado de mejores medios que yo, a todos los españoles, porque nosotros hemos de luchar por una España grande, por una España que sea sólo para españoles y para todos los españoles. (Grandes aplausos.)

El Sr. Presidente del Congreso:

Señores Diputados, al reanudar-se las sesiones de Cortes, sea nuestro primer saludo a las fuerzas de tierra, mar y aire que defienden heroicamente la República Española y la independencia nacional.

La Nación entera contempla emocionada este supremo esfuerzo de un pueblo que ha demostrado, como en otros casos idénticos de su historia, la grandeza de su espíritu, la magnitud de su capacidad de sacrificio y la recia voluntad con que sabe defender sus libres destinos.

El saludo del Parlamento es el de todo el país, porque, con la diversidad de matices que existe en todos los grandes pueblos, España está aquí; incluso aquella organización que carece de la re-

presentación cuantitativa correspondiente a sus reales efectivos, tiene medios de hacerse oír en la sagrada coincidencia de nuestros esfuerzos.

Ley ineludible de las Asambleas representativas, es la de la diversidad de opiniones, que, al contraponerse y chocar, recogen la múltiple palpitación de la colectividad; pero no creo engañarme si afirmo que nuestras diferencias, incluso las mayores, se borran ante estas dos imposiciones históricas: salvar la independencia nacional y sostener victoriosamente el derecho de España a disponer con toda libertad de sus destinos.

El Duce y el Führer

Cuando dos hombres de negocios se reúnen para discutir alguna proposición, lo hacen en los términos más amistosos. Se dan la mano, sonríen y, aparentemente, su única disputa es por cuál ha de ser el que agasaje al otro.

Sin embargo, como es bien sabido, ni las palabras corteses ni la suntuosa hospitalidad impide a cada uno de ellos regatear cuanto pueda. Eso, después de todo, es el negocio; pero eso también, en la moderna Europa, es la política. Evidentemente, el Duce y el Führer son hombres de negocios. Basta dirigir una mirada a los cuatro últimos años para ver que las relaciones entre la Italia fascista y la Alemania nacionalsocialista se basan estrictamente en el interés particular de las dos potencias. El hecho de que ambas sean dictaduras fascistas no tiene nada que ver con ello. En efecto, la primera reacción de Italia ante la aparición de una Alemania nacionalsocialista fué un movimiento instintivo de temor expresado en los protocolos de Roma de Marzo de 1934, entre Italia, Austria y Hungría. Italia no deseaba tener una Alemania más grande a la puerta. Cuando los nazis de Austria asesinaron a Dollfuss y trataron de adueñarse del Poder en el verano de 1934 Italia movilizó su ejército en la frontera de Brenner. Es decir, estaba dispuesta a entrar en guerra con Alemania antes que permitir que Austria pasase a manos de aquélla. Al principio de 1935, Mussolini estaba pronto a colaborar con Francia e Inglaterra en la proyectada Conferencia del Danubio para garantizar la independencia de Austria. Solo cuando Italia se lanzó a la aventura de Abisinia y hubo de enfrentarse con las potencias de la Sociedad de Naciones, volvió los ojos Mussolini hacia Alemania. Entonces no había elección: tratábase de una necesidad y, hasta cierto punto, hoy ocurre lo mismo. Mussolini sigue en su papel de cortador, no sólo porque Italia es ahora más débil que Alemania, sino porque tiene más que pedir y menos que dar.

Pero Italia tiene una gran ventaja; que Mussolini explota con habilidad. Es ella y no la Gran Bretaña quien sostiene la balanza del poder en Europa. Todas las demás grandes potencias están ahora, fuerza es reconocerlo, divididas. Si estallase en Europa una guerra general, no se concibe otra división que la que sitúa a un lado a la Gran Bretaña, Francia y Rusia y al otro, a Alemania. Sólo Italia no ha depositado su voto. Consciente de esto Mussolini se inclina tan pronto a un lado como al otro. Es una política de *chantage* practicada abiertamente y con absoluta seguridad; pero tiene sus contras y la peor de estas es que Mussolini ha prolongado el juego demasiado. Ahora, ni un lado ni otro confía en su palabra un solo momento y ya está viendo que sus insinuaciones y los artículos que publican sus periódicos no producen el menor efecto; ahora se le exigen pruebas. La Gran Bretaña y Francia no creen ya en su promesa de no enviar más tropas a España; sólo le creerán cuando vean que los soldados que allí luchan vuelvan a su patria.

Bajo este signo se reanudan nuestras tareas. No lo olvidamos: a nuestro deber singular de diputados, se une otro común a todos los españoles: sostenernos a la altura del heroísmo de los combatientes. Ellos están construyendo, con sus vidas, sobre el tablero, la nueva España. Lo menos que pueden pedir y aún exigir de nosotros, es que no esterilicemos con nuestros actos su sacrificio.

Señores Diputados, van a hablar las pasiones políticas. Que no falte en ningún momento, en las palabras que se pronuncien, el sentido de responsabilidad. (GRANDES APLAUSOS.)

Alemania, sin duda, mantendrá igual escepticismo durante las conversaciones de Berlín, la próxima semana. Pero hay otro inconveniente. Si nadie puede confiar en Italia, es cierto también que Italia no puede confiar en nadie. Una cosa es que Mussolini trate de tentar a Alemania con la probabilidad de su apoyo en caso de guerra y otra muy distinta arriesgarse a desencadenar una guerra sin la certeza de alguna asistencia y eso es lo que está haciendo ahora. Evidentemente se ha lanzado a una aventura en España y en el Mediterráneo que si la lleva a adelante ha de chocar con Francia y con la Gran Bretaña. Sin embargo, todavía no puede confiar en la ayuda de Alemania en ese caso y sin ésta estaría perdida.

Tal es la perspectiva de la actual visita. Los dos dictadores discutirán sobre España, sobre el acuerdo de Nyon, sobre Abisinia y sobre la Europa Central, pero siempre con este interrogante en la mente: ¿qué puedo conseguir y cuánto tengo que dar? Italia desearía que Alemania apoyase la aventura española en el terreno diplomático y si fuese necesario en el campo de batalla. Pero a cambio de esto Italia sólo puede dar dos cosas a Alemania, su palabra, que no vale nada, y Austria, que vale demasiado. Es difícil imaginar que Alemania acceda a concertar cualquier forma de acuerdo militar, a menos que tenga la certeza de que podría adueñarse de Austria sin ninguna oposición por parte de Italia. Ello significaría lógicamente que ésta tendría que abandonar todas sus ambiciones en Centro Europa y contentarse con quedar reducida a un segundo término con respecto a Alemania. Aún en este caso, Alemania vacilaría pues sus jefes militares son más sagaces que los de Italia. Saben lo que supondría para Alemania una guerra y también que la impetuosidad italiana pudiera lanzarlos a la lucha antes de que estuviesen preparados. Para ambas partes es un convenio poco atrayente. Gayda ha advertido al mundo que no espere ningún acuerdo militar y no hay grandes razones para creer que esté equivocado. Es muy posible que la entrevista no produzca otro resultado que el de aumentar la sospecha entre ambos dictadores. Lo que se desearía es que discutiesen la forma en que Italia podría retirar a sus «voluntarios» de España, sin merma de su prestigio; pero ello es dudoso también. Lo más probable es que Mussolini preferirá seguir observando y esperando, pronto a aprovechar la menor oportunidad. Ello constituye una política peligrosa, porque es susceptible de producir crisis e incidentes repentinos, pero en conjunto no tanto como cualquiera otra que pudiera adoptar. Con esta se puede quemar los dedos, con otra, tendría que quemar sus barcos.

(«The Manchester Guardian», 25 septiembre 1937.)

Este "Boletín" se reparte gratuitamente

"Tristes presentimientos..."

«Tristes presentimientos de lo que ha de acontecer» es el título de la lámina primera de «Los Desastres de la Guerra». Un pobre hombre, ahogado por la angustia, cae de hinojos y tiende los brazos en cruz, invocando al cielo. Es éste un ciclo de tormenta, negro y revuelto, estremecido de resplandores sulfúreos, —de esos que no hacen caso, según los románticos, a los vanos clamores de los hombres. Es de advertir que este hombre, que aquí clama y gime, implora y se desespera, tiene grandeza profética; pero no esa grandeza señorial, altiva, ceñuda, mediatunda y tonante de los profetas de Miguel-Angel, sino otra más modesta, popular, realista, por decirlo así, en la que el hombre del pueblo, deformado por el trabajo y su brega con la naturaleza, se eleva por las circunstancias históricas de su Destino a rango de personaje de tragedia. Todo el gasto de la tragedia de «Los Desastres de la Guerra» lo hace este hombre recio, terrible y fiero del «tercer estado» del pueblo español. Con él descorre Goya el telón «de lo que ha de acontecer»; con él lo corre y cierra, haciéndole nuevamente empuñar, con el alba de un buen día, la mancha del arado. Entre una y otra estampa, el buen hombre del pueblo español, artesano y vengativo, ha hecho la guerra; ha sido víctima y victimario; ha padecido hambre y sed corporal, y hambre y sed de justicia; ha muerto matando, y ha muerto en la horca, a mano del verdugo, en el garrote o descuartizado, echando en todo caso por la boca espumarajos de rabia y desdén. No ha regateado nada de lo suyo: su vida entera la ha dado por la causa, disparándola violentamente con su ira, a modo de arco tenso, con su coraje y su fiera, sin cálculo ni reflexión.

Este pobre hombre, que cae de rodillas y con los brazos en cruz, ¿será el mismo que un instante después combate al invasor con franse de lobo hambriento? No parece que tal hombre, amasado en angustia y terror sagrado por lo que ha de acontecer, sea el mismo que, finada la imploración y la jaculatoria, se lanza súbito, como un jabato, contra el allanador y debelador de su patria. Y, sin embargo... Recuérdese a Pedro Crespo, alcalde de Zalamea. Cuando se entera de la desgracia de su hija, implora del bellaco capitán que le restituya el honor que le ha robado; se humilla ante él, se abate, se arrastra casi con vileza a sus pies... Pero, cuando ve que la cosa ya no tiene remedio; cuando se convence que sus palabras y su humillación son vanas; cuando el injusto parece prevalecer, entonces, amigos, sale de él el otro hombre, el español fiero, henchido de severo sentido de la justicia y de su derecho; y, claro está, por encima de la ley escrita, por encima de los códigos todos del Estado, hace él la suya, y por su propia mano. Lo vió bien Goya, gran conocedor de su pueblo soberano. El profeta desmayado del comienzo se convierte presto entre sus manos súbitamente el jaque, —y jaque de los que ni por prudencia dan paso atrás.

De rodillas, con los brazos en cruz, los ojos arrasados en lágrimas, mira este Isaías del bajo pueblo de España al cielo tenebroso, en el que están escritos los más terribles presagios, y tiembla de pavor ante «lo que ha de acontecer». No profetiza nada verbalmente, como el otro, el del Pueblo de Israel; pero, como «pensar y expresar en imágenes —dice Hebbel— son dos especies de la revelación», la voz elocuente y sonora del uno ha de suplir la elocuente y muda del otro; y así «oímos» en la estampa goyesca la misma voz tremenda que predecía la ruina de Jerusalén, —y dice magníficamente:

«En aquel día quitará al redropelo el Señor a las hijas de Sión el chapín que cruje en los pies, y los garvines de la cabeza, las lunetas y los collares, las ajorcas y los rebozos, las botillas y los calzados altos, las argollas, los apretadores, los zarcillos, las sortijas, las cotonías, las almalafas, las escarcelas, los volantes y los espejos, y les troca el ámbar en hediondez, y la cintura rica en handrajo, y el enrizado en calva pelada, y el precioso vestido en cilicio, y la tez curada en cuero tostado, y tus valientes morirán a cuchillo.»

¡Cuántas y cuántas veces ha resultado en la Historia verídica este inmortal alarido! Quien así habla, habla de la Ciudad, corona de toda civilización, de su lujo, de su sensibilidad, cuyo índice es la mujer, de su magnificencia, de su esplendor, de sus horas áureas de paz y abundancia, que van a reducirse a nada; «...les trocá el ámbar en hediondez... y sus valientes morirán a cuchillo». Jerusalén, la Ciudad, es inmortal: el mismo que altamente profetizaba su ruina, le comunica el soplo de lo perdurable con su palabra encendida, y, por si esto fuera poco, ahí está además el profeta popular de Goya, que, del terror pánico, pasa a empuñar desesperado y ardoroso las armas, y cuando, habiendo ya vencido, las deja reposar, sin quitarse el polvo y el sudor de la guerra, ya esta pacientemente trazando bajo el sol largas y paralelas besanas en los campos, que mantienen y sostienen la Ciudad.

También el pobre hombre abrumado por los tristes presentimientos nos recuerda la «acción» de las Danzas de la Muerte medievales. El tono irónico y despectivo que casi siempre en ellas asume la Muerte, el ritmo saltarín en que se desarrollan, es el más apropiado para un espíritu como el de Goya, —tan lleno de «visiones» medievales, mezcladas con modernas. Porque ¿no son también «Los Desastres de la Guerra» a su modo una Danza de la Muerte a la moderna? Como en las mejores de estas Danzas, el tono también es en esa obra tragi-cómica, o mejor, tragi-grotesco, porque Goya rebasa casi siempre el contorno de lo cómico, insuficiente con frecuencia a su «visión», por lo que lo hiperboliza, y, de un golpe seco, lo conduce al «esperpento», en el sentido valleinclanesco de tragedia sin dignidad, sin máscara ni coturno. Suena el clarín de la guerra:

A la danza venit los nacidos que en el mundo soes de cualquiera estado, el que non quisiere, a fuerza y amidos facerle he venir muy toste priado. («Toste priado» quiere decir rápidamente, a prisa.) La guerra es la danza que presiente este Isaías goyesco y popular; y en ella, en su rueda vertiginosa, han de entrar todas las clases sociales y todos los oficios: el Emperador, el Condestable, el Artesano, el Labrador, etc., etc. Todos, todos, han de entrar en la danza.

A todos los que aquí no he nombrado de cualquier ley he estado o condición, les mando que vengan muy toste priado a entrar en mi danza sin escusación.

Al Papa mismo le dice: «desnude su capa, comience a sotar». Todos, todos —irremisiblemente— han tenido que entrar en la rueda, porque así lo han querido siempre los Hados que rigen los destinos históricos de España. ¡No había sino soltar al ruedo el «Fiero Monstruo» y dejarlo campar como en fiesta deportiva, o fletar la «nave de los locos», quedándose en tierra! Todos, todos, han tenido que entrar en la rueda. ¡Que los que la pusieron en movimiento no se quejen que les arrebató en sus giros! Era ley que así fuera, y así es.

El Destino histórico de España, sus Hados adversos, han estatuido que ninguna generación española muera sin haber conocido el sabor de la danza de la guerra. De ahí que el Isaías goyesco, que lleva sobre sí la experiencia acumulada de tantos siglos de combates, desfallece al pronto de terror al encararse con «los tristes presentimientos de lo que ha de acontecer», porque llevan infuso en la sangre heredada el conocimiento presente de los males que van a sobrevivir. Pero la misma presciencia que le abate es la experiencia que luego le levanta a términos heroicos; y él es el primero que, inclinándose ante el Destino, y tomando la palabra de la boca a la Muerte, que invita a la danza, dice con garbo y buen humor:

Ya non es tiempo de yacer al sol con los parroquianos bebiendo del vino, yo vos mostraré un remifasol que agora compuse de canto muy fino. Y al son agrio de ese vivaz «remifasol», venimos los españoles danzando desde los comienzos de nuestra Historia; porque la nuestra —tejido de guerras civiles con acompañamiento de invasiones extranjeras—, más que aquella pobre reina insustancial y ardiente, a quien venía ancho el generoso mote, es «La de los Tristes Destinos», que el hombre español acata y acepta como personaje de tragedia griega el suyo.

JUAN DE LA ENCINA
(Escrito expresamente para el SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACION.)

Se autoriza la reproducción de cuanto se publica en este BOLETIN

El "Cesárea" llega a Nápoles con legionarios heridos en España

NAPOLIS, 22. — Procedente de Cádiz, llegó ayer a este puerto, el buque-hospital «Cesárea», trayendo a bordo 17 oficiales, 24 suboficiales y 310 soldados heridos o convalecientes.

A bordo, venían también el general Piazzoni, comandante de los «Flechas Negras» y el cónsul Bigazzi.

Los heridos fueron curados durante el viaje por el coronel médico Amadeo Chiappini. Todos presentan heridas causadas por proyectiles de fusil y de ametralladora, principalmente en el pecho, la cara y los brazos. Vienen del frente de Santander, en donde combatieron contra los aguerridos asturianos.

Entre los repatriados viene el notable «camisa negra» Francisco Pellegrino, propuesto para una condecoración, el cual fue operado hace poco de una herida en el pecho con perforación del pulmón.

(«La Tribune», Roma, 29-9-1937.)

Manifestaciones del príncipe Loewenstein en Suiza

ZURICH, 28. — El príncipe de Loewenstein ha dado una conferencia sobre su reciente viaje a la España republicana, terminándola con estas frases:

«La impresión dominante que tuve por doquier, es la de que si la República española logra la victoria, asistiremos, por vez primera, a la formación de una comunidad popular, a la cual no se le podrá aplicar ninguna de las nociones políticas y sociales de ninguno de los regímenes conocidos hasta la fecha. Y tal vez sea, precisamente, esa idea de una nueva democracia, la que inflama el heroísmo del pueblo español, ante el cual nosotros, extranjeros, tenemos, por fuerza, que inclinarnos con todo respeto.» —A. Y. M. A.

Los católicos belgas y los niños vascos

Es sabido que un Comité católico, presidido por el cardenal Van Roye, se ocupa de la protección de algunos niños vascos, asilados en Bélgica.

La «Libre Belgique» ha publicado que «representantes oficiosos» del general Franco solicitaron que a esos niños se les vuelva a enviar a España.

He aquí la respuesta que se dió a ese requerimiento, según lo dice aquel periódico:

«Una circular oficial emitida por «L'œuvre des enfants basques», de S. E. el cardenal Van Roye, hace saber a las personas que han albergado niños españoles, que no se ha pensado en repatriarlos actualmente. «No enviaremos a casa de sus padres —leemos en la circular— sino a aquellos niños que hayan sido reclamados en auténtica y debida forma, por la autoridad paterna.»

Y agrega la «Libre Belgique» que:

«Según datos que hemos recogido, las autoridades de Salamanca han enviado alrededor de cuarenta actas notariales firmadas por padres de familia; y hay 1.400 niños vascos albergados gracias a L'œuvre de Su Eminencia.»

El «Vingtème Siècle», que publica una nota análoga, precisa la cantidad de solicitudes de repatriación: treinta y cuatro exactamente. Y eso que sin ninguna duda se ejerce terrible presión sobre los desgraciados padres vascos, para que «pidan» el regreso de sus chicos.

Estas cifras demuestran hasta qué punto es «popular» el régimen de Franco en la zona ocupada por los facciosos.

El Arzobispo de Malinas contra Franco!

Por lo demás, la respuesta del arzobispo, indicando que no se piensa en repatriar a los niños, demuestra claramente que Monseñor Van Roye no tiene en manera alguna confianza en la prosperidad y el orden que, según propagandistas interesados, reina en la España «nacionalista».

El Vingtème Siècle, nos hace ver esto muy claro, al publicar la entrevista con un sacerdote que tie-

ne a su cargo la educación de los refugiados vascos:

«Es probable que los tribunales militares sigan funcionando en Bilbao.»

Es una confesión plena.

El terror blanco se ceba en las Provincias Vascongadas. Por centenares, por millares, se asesina a los vascos o se les deporta a las regiones castellanas. Los opresores entregan a la positiva exterminación del pueblo vasco.

No cabe duda que sería criminal volver a enviar a los niños a ese país, en el que, con sus padres, correrían el perpetuo riesgo de morir o ser deportados.

¿Aprueban los católicos belgas el terror?

He aquí una prueba de ese terror, que se ejerce contra los propios sacerdotes.

«La Voz de los Vascos», que se edita en París, nos muestra cómo proceden los rebeldes contra los clérigos vascos y los destierran. Dicho periódico publica una carta dirigida por el Vicario general de Vitoria a un sacerdote de su diócesis. He aquí un extracto:

«Mi muy querido hermano en Jesucristo: No puede usted figurarse cuánto le cuesta a mi corazón de sacerdote el tener que dirigirme a usted en este momento para comunicarle una noticia que sin duda le será muy dolorosa. Por ello le ruego ofrezca por anticipado a Dios Nuestro Señor el sacrificio que se impone, a usted y a los suyos.

El señor Auditor de Guerra del Ejército de Ocupación me comunicó de Bilbao, con fecha 8 de los corrientes, que es necesario que se ordene el traslado de usted (y de los otros sacerdotes cuya lista me envié en su carta) a otras diócesis lejos de estas provincias.»

Los sacerdotes a quienes se deporta así, no tienen libertad de elegir: cualquier acto de resistencia o cualquier «desvío de conducta», en las regiones en que tienen a los deportados, implican para ellos bien la suspensión, o bien la clausura en un convento.

Tenemos curiosidad de saber lo que piensan de todo esto los católicos belgas que han aplaudido la ocupación del País Vasco por las tropas de Franco.

(«Le Peuple», 24-9-1937.)